

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

CONFERENCIAS PROTECCIONISTAS.

Al mismo tiempo que surgia en la Protectora madrileña el acertado pensamiento de dar conferencias públicas que pusieran de manifiesto el objeto y tendencias de aquella institucion y demostrasen la grandeza é importancia de su idea, en Barcelona la Asociacion análoga recibía la misma inspiracion y planteaba idéntico proyecto. Mas como en Madrid las complicaciones de la vida y la índole misma del modo de ser retardan los propósitos más interesantes y firmes, miéntras que en Barcelona los hábitos de actividad y el anhelo de la ejecutoriedad lanzan á la práctica las decisiones más vivas y los pensamientos más graves, ha resultado que Barcelona realizó ya lo que Madrid sólo tiene anunciado; y que el éxito que habrán de tener en esta ciudad las citadas conferencias, puede ser prejuzgado mediante el que ya conocemos como obtenido en la capital de Cataluña.

En esta última, el dos del pasado Abril, ante una escogidísima y numerosa concurrencia reunida, prévia citacion, en uno de los salones de la Academia de Ciencias Médicas, pronunció un notable discurso de inauguracion el Sr. D. Luis Cabello é Ibañez como autor del pensamiento y fundador de la Sociedad Protectora.

Su brillante disertacion versó sobre la *Naturaleza y objeto de las Sociedades Protectoras de los Animales y las Plantas*; y fué tan del agrado del auditorio, y tales fueron al mismo tiempo las dotes de ilustracion, de persuasiva elocuencia y de vigoroso raciocinio que lució el distinguido orador, que varia.

Marzo 1.º, 1879.—Tomo V.—Núm. 21.

veces se vió interrumpido por los aplausos, y un último palmo-teo, más prolongado y estrepitoso, vino á sancionar al fin la razon de su doctrina y á manifestar la satisfaccion con que habia sido escuchada en sus labios.

El primer esfuerzo empleado en esta bella obra de enseñanza popular y de moralidad pública, proporciona al valeroso adalid que lo realiza un glorioso laurel; el primer ensayo alienta á otros espíritus á ejercitar sus fuerzas cooperando en la magnífica obra de la regeneracion de las conciencias y la ilustracion de los entendimientos. Pluma y labios, talentos y elocuencia, tiene ya á su devocion, como preciosos instrumentos, la Protectora barcelonesa. Dificil será que por tales medios no se atraiga numerosos prosélitos, en una localidad donde el buen sentido es propiedad general, y donde el sentimentalismo artístico y el progreso científico que concurren para conformar el pensamiento proteccionista, son cosas comunes y por lo mismo fáciles de herir y de conmover.

Las conferencias quedan organizadas semanalmente: todos los miércoles el pueblo barcelones puede escuchar de boca de uno de sus varones más ilustrados y más generosos, una bella cuanto provechosa leccion de cualquiera de esas múltiples y variadas ciencias de que recibe inspiracion y alimento la idea proteccionista. Los más amenos y más útiles capítulos de zoología, botánica, biología, moral, cosmogonía, filosofía é historia pueden servir de tema para esas disertaciones en que se encanta el alma, goza el corazon y se despierta la conciencia al bien y á la dignidad personal.

Como prueba de ello, he aquí algunos de los temas que habrán de ser desenvueltos en las veladas siguientes: y decimos veladas, porque las conferencias tienen lugar á las ocho y media de la noche, hora en que el pueblo, para quien principalmente han sido instituidas, libre de quehaceres, puede emplear alguna parte de sus ocios en asunto de tanto interés personal y de tamaña transcendencia.

Influencia de las ideas proteccionistas en la higiene de los pueblos.

La prensa es un poderoso auxiliar de las Sociedades Protectoras.

Historia de la proteccion en España.

Utilidad de los gorriones, etc., etc.

Invitamos á que de igual manera hablen los oradores de los servicios que prestan las aves insectívoras, de las trabas racionales que deben imponer las leyes de caza y pesca, de la reglamentacion prudencial de las vivisecciones, del incremento de la flora fructífera propia de la zona ó region botánica, y muy especialmente del trato que por una parte debe darse á los animales que nos auxilian en los trabajos de la agricultura, las industrias y el comercio y otros actos de la vida social, y de la condenacion de toda crueldad y barbarie, muy especialmente por vía de fiesta, especulacion ó inhumano divertimento, como lucha de fieras, carrera de burros, carneros, cerdos ú otros animales no educados para ello, riñas de gallos, tiro de pichones ó de cualquier otro animal vivo, y enfin, corridas de toros, gallumbos, toros de cuerda y cuantas variedades del mismo género entran á constituir lo que ha dado en llamarse entre nosotros *fiesta nacional*.

Asimismo escitamos á la Sociedad Protectora Barcelonesa, á que, hasta donde sea posible y en la forma que juzgue oportuno, dé publicidad á los discursos que pronuncien los oradores en sus conferencias, con el objeto de que se logre para las masas el mayor aprovechamiento, y para los ilustrados maestros la mayor fama.

Al mismo tiempo, aconsejamos á nuestros amigos y abonados que no se limiten á prestar á tan activos y entendidos espíritus el estéril tributo de su admiracion y de su aplauso, sino que cada cual, en la medida de sus fuerzas, acuda al sostenimiento de esa doble empresa que se manifiesta por la provechosa institucion de las conferencias, y por la fecunda fundacion de la *Revista Zoófila*, que tambien dirige su ilustrado fundador, el incansable cuanto entusiasta Sr. Cabello Ibañez, y á la cual sirven aquella de magnífico y brillante complemento.

Dicho esto, felicitamos sincera y entusiastamente á nuestros amigos y consocios los protectores catalanes y les animamos á proseguir con constancia y fé la generosa cuanto fecunda obra que acaban de emprender con tanto lucimiento y tan claras y preciosas muestras de aceptacion general.

ROMUALDO A. ESPINO.

Cartas sobre la idea de amor y proteccion, dedicadas á los niños que, por el bien guiados, constituyen las ya existentes infantiles Sociedades Protectoras.

IV.

EL MUNDO DE LOS PÁJAROS.

Ahora, mis pequeños amigos, ahora que conocéis que el objeto de nuestro amor habrá de ser la vida, me parece que hay necesidad de presentaros lo que es ese mismo objetivo, para el que os pido vuestro afecto, al que debéis dedicar vuestra ternura.

La vida: he aquí, pequeños lectores, que es tan grande lo que ella comprende, que será conveniente exponeros dividido el conjunto, por si posible fuera que así pudiérais conocerlo mejor.

Son innúmeros los seres que viven con nosotros; y entre todos, lo adivino tal vez, son las aves las que son por vosotros más amadas: las aves, tan libres como son y tan dichosas, son dignas, en verdad, de vuestro amor.

Hoy vengo á hablaros solamente del mundo de los pájaros—como quiso llamarlo Toussenel—ya podré más adelante presentaros las plantas: el mundo vegetal; los animales todos, formando tambien un mundo aparte.

Si no escribiese estas cartas para vosotros, mis niños queridísimos, yo procuraría tal vez, hacer de los seres una division algo científica; pero creo interpretar vuestro deseo haciendo solamente lo que os digo.

No es la ciencia la que nos llama aquí: el amor solamente nos impele, el amor á la vida nos conduce.

En el ave teneis la belleza de su canto, la ternura de su afecto paternal, la prodigiosa ligereza de su vuelo, el valor incomprendible de su nido: habeis de desear, pues, conocer la razon que os hará amar al pájaro, proteger su existencia, por el furor del hombre siempre en riesgo.

Conocéis al gorrion, y habeis más de una vez oido llamarle ladronzuelo. El pobre pajarillo roba alguna semilla, y destruye despues tantos insectos, que si estos no vieran su vida terminada, los granos producidos por las plantas que se hubieran co-

mido, formarían, con aumento increíble, cantidad prodigiosa de simiente.

Notad, pues, la relacion que guarda el mal que causa con el bien que realiza generoso: las aves insectívoras son iguales en esto, y nuestros labradores no conocen su interés personal al espantar y alejar de su lado esos preciosos, inocentes pajarillos.

Pues luego llega el canto al oído del hombre triste y desgraciado, y ante belleza tanta el mal se olvida, se ensacha el alma, y el sentimiento que inunda el sér parece que nos lleva á otra vida mejor.

Es, segun esto, hasta el presente, completamente egoísta la proteccion que debe el hombre conceder al ave.

Y luégo, cuando tras largos trabajos, el nido está formado, merece un respeto sin igual, siquiera sea por los cuidados, afanes y paciencia que han sido necesarios para darle forma y existencia.

¿Acaso la madre amante, que ha empleado toda su ternura, su afán todo, en construir el nido, merece por recompensa horrible verle en el suelo destrozado?

¿Acaso, el amor inmenso que guarda para los mismos hijos que presente, no es digno de respeto y aún de veneracion?

Sabedlo, sí: el ave merece todo el amor del hombre, porque de ternura y amor es gran modelo.

¡Cuán triste es, pues, si vale tanto el pájaro, ver como es destruido por el solo placer de darle muerte!

¡Cuán doloroso es ver á un niño, ángel aquí en la tierra, armado de instrumentos que sólo se dirijen á aprisionar las lindas avecillas!

Ya que la ley no existe entre nosotros, para evitar la muerte de los pájaros, es necesario que haga la propia voluntad lo que no hace esa ley que no hay.

Mirad á un niño cuando, armado de mortífera trampa, acaba de cojer un pajarillo.

Ha estado largas horas tal vez, esperando la victoria obtenida, y ese triunfo le llena de alegría, le vuelve casi loco de contento.

El triunfo es vergonzoso, la victoria muy indigna: el vencedor, empero, no cabe en sí mismo de alegría.

Y el ave desgraciada está muerta del todo; su cuello, ántes erguido, se ha doblado al soplo de la muerte.

El niño, ménos alegre ya, guarda el tesoro obtenido, el pajarillo, para hacer más tarde conocer su victoria, y que de ella el ave sea prueba cierta.

Más, cuando pasan las horas, la posesion del pajarillo muerto hace que éste no tenga ya el valor que ántes de poseerlo para el niño tenía: si se desea lo que no se posee, es por esta misma razon, y no por otra.

Tanto como fué deseado el pobre pájaro, tanto pierde en esa codicia, que ya no existe: el objeto del triunfo nada vale, ante su misma notable pequeñez, que no le hace útil para nada.

Y ¿qué sucede?

Cuando el ardiente cazador llega, cansado ya, á su casa; y por trofeo sólo muestra la misera avecilla, ésta viene á parar, al fin y al cabo, á los dientes de un gato; ya que el ardor del triunfo ha desaparecido, y que ni aún él puede examinarla de esa suerte.

Los niños, al cazar pajarillos, debieran comprender—ya que otra cosa tener presente no quisieran—cuan grande es el mal que causan por capricho, cuán inútil es la muerte del ave para el hombre.

Vosotros—yo lo sé—no sois ya de esos terribles cazadores; mas hay niños que lo son todavía, á los que debéis separar de ese deseo.

Y no es eso todo solamente: si la muerte del ave es cosa triste, su esclavitud es aun más horrible todavía.

La esclavitud del pájaro es una muerte lenta, es un martirio al sér más libre, al sér más alegre destinado.

El ave, por lo mismo que vuela y que absorbe con ansia torrentes de aire puro, oxigenado, es más ligera, más ardiente, de una vida más fuerte, más pujante: si alguna vez habeis tenido un pájaro en las manos, y habeis sentido los latidos de su pequeño corazon, habeis quedado admirados de ver en tan pequeño cuerpo fuerza tanta.

¿Cómo podríais creer que el sér vivo y lijero que recorre el espacio con tal velocidad, puede vivir encerrado en estrecha prision, en pobre jaula?

Yo recuerdo muy bien el destino que di al último pajarillo que tuve prisionero. Era un jilguero que en mi casa existía hacía muy largo tiempo, y que tenía una muy bella jaula por morada.

En tanto tiempo, jamás el espacio se había presentado libre para el ave, jamás la libertad había existido para mi pobre esclavo.

Mi conducta era indigna—lo confieso—y aún cruel, si queréis, queridos niños: el ave, sin embargo, había venido esclava ya á mis manos.

Una mañana, cuando los rayos del sol naciente no habían llegado á mi azotea, yo puse al pajarillo donde bien pronto los rayos de aquel sol, aun no nacido, habían de darle encanto y lozanía.

El avecilla empezó á cantar tan tristemente, que por un momento creí—y tal vez ciertamente creía—que lloraba de pena, cual si quisiera volar á más notable altura, donde alcanzar pudiera su vista penetrante el espacio sin fin que deseaba; las flores de los campos, siempre bellas; el azul de los cielos, casi siempre vedado al que encerrado, prisionero estaba.

Tal vez yo me engañaba: tal vez era yo mismo el que eso deseaba para el ave; pero de un modo ú otro, no pude contenerme, y abrí la portezuela, que libre hacía, abierta ya, al que era ántes esclavo triste, pobre preso en cárcel estrecha confinado.

Yo confieso que el jilguerito vió el espacio ante sí, y abarcó su estension de una mirada: extrañaba lo mismo que veía, no atreviéndose, tal vez, á surcar el espacio libre, inmenso, con su vuelo, tanto tiempo había, no ejercitado, con sus alas por la quietud debilitadas.

Yo entónces, batí mis palmas, y el jilguero, al ruido, rompió el vuelo: su canto de gozo y de alegría pudo mostrarme luego que muy próximo al sitio que ocupara, habíase colocado, sus trinos dando al viento, sus bellas melodías lanzando al aire.

Cual obré yo en aquel instante, deberíais vosotros obrar siempre: para el ave el espacio sin límites, sin fin: la esclavitud terrible á todo sér, ha de serlo mucho más para el que puede romper la cadena que le une al suelo del planeta, para el que puede elevarse á las alturas, inundarse en un piélago de luz y divisar el sol desde allá arriba cuando no puede aun verle el hombre en la tierra enclavado por desgracia.

Lo veis bien: la utilidad del ave; su libertad bendita: la ternura infinita que siente por sus hijos, y sus cuidados inmensos

por su nido, hacen al pájaro digno de respeto, lo hacen más digno del amor.

¿No quisiérais vosotros vivir unidos á los pájaros?

Yo creo que sí, y aunque no sea fácil conseguirlo, voy á hacerlos comprender sólo una cosa.

¿No habeis notado que con nosotros viven contentas las bellas golondrinas?

¿No habeis visto que son siempre por el hombre respetadas?

Tal vez esto pueda deciros algo, tal vez pueda ser una prueba de que la union existiría en efecto, si en vez del odio fuera el amor al ave siempre dado, fuera el amor lazo de union del hombre con los pájaros.

La soledad del hombre es un justo castigo á su conducta dado: el cantar bellissimo del ave alegraría la vida de los hombres, si estos al ser amantes, fueran amigos sólo de esos seres bellísimos, alegres.

Pensad en esto, vosotros que sois los solos ángeles que alegran este valle de lágrimas: buscad en las aves tranquilas compañeras de amor y de alegría: en el pobre planeta que habitamos, si las aves del cielo no se unen á nosotros, inocentes ave-cillas de la tierra, podrá tal vez pasar que la alegría quede tan sólo como recuerdo de un bien perdido para siempre.

Vosotros sois dichosos como ellas; y como ellas, debeis de ser amantes: pobre y mísera vida, la vida que tenemos, tan sólo el amor y la alegría de los seres inocentes y puros puede hacerla llevadera y tranquila.

El mundo de los pájaros os presenta sólo amor y ternura: formad vosotros un mundo igual, ya que podeis aún formarlo por fortuna.

E. THUILLIER.

APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL TOREO EN ESPAÑA.

(CONTINUACION.)

Dejemos por un momento la corte para ver lo que pasa entre tanto en Sevilla: volvemos en seguida. *El Imparcial* del 20 de Junio nos dice:

“En la corrida de toros verificada el Domingo en Sevilla, fué volteado

Campitos, recibiendo dos varatazos. Otro toro saltó la barrera é hirió á un individuo y á un guardia municipal. Un picador recibió una fuerte contusion que le llevó á la enfermería.»

Se conoce que en provincias los toros son más brutos que en Madrid, ó por lo ménos no están tan civilizados como los encuentra el Sr. Ministro de Fomento, y en esto hay que darle la razon á S. S. Una sola corrida y cuatro accidentes, es más que una trinidad de atrocidades; son cuatro desgracias distintas y una sola barbarie verdadera.

Campitos volteado, ¡qué juego icario más agradable! Un paisano herido, qué lección! Un municipal ensangrentado ¡qué autoridad más infeliz! Y un picador contuso ¡qué templanza en el toro! ¡Sabe Dios cuantos desgarrones llevaría en la piel para haberse atrevido á tomar esa pequeña revancha!

El público de seguro saldría diciendo que había sido una corrida, no buena del todo, pero casi buena: porque la bondad del espectáculo depende de los grados de ferocidad natural de los animales y de los grados de barbarie artificial (creámoslo buenamente así) de los hombres; y estas son cosas que están en razon directa, por más de que la última sea el antecedente y la primera el consiguiente; y así como la brutalidad humana no puede producir más que temeridades y peligros, la ferocidad animal no puede causar más que desastres y víctimas, en lo cual consiste una *buená corrida*.

Volvamos á la Villa y Córte, que nos esperan grandes emociones.

*
* *

Oncena corrida de abono.—Día 24 de Junio. Presidencia del Sr. Zuloaga.—Tiene la palabra nuestro amigo *Blasillo*. (Preciso será acabar por llamarlo así):

“Hoy deban ser felices los españoles.—Dice.

¡Qué gran corrida la de ayer!

¡Los picadores rodando por la arena! ¡Los matadores volando por los espacios atmosféricos! ¡*Hermosilla* cogido y recogido al colear de un toro! ¡*Cara-ancha* con una cornada en el muslo derecho, al matar el primero suyo! ¡Oh, dicha! ¡Oh, felicidad! ¡Oh, apogeo de la ventura española!”

Cierto; pero ¿y los espectadores? ¿Salieron todos ilesos? ¿No saltó ningún bicho la barrera? Efectos de la civilizacion ani-

Tomo V.—Núm. 21.

mal, de que nos ha hecho tan bella pintura el Excmo. Sr. Ministro de Fomento. Bien es verdad que entretenidos los pobres animales con los fechorías que estaban haciendo dentro del redondel, seguramente no tenían tiempo de pensar en las que podían hacer fuera.

Decididamente los toros son unos animales que no ven dos dedos del lado allá de sus hocicos; por eso no alcanzan á distinguir más que á esos pobres muchachos, tan compuestos y lindos que da gozo el mirarlos y lástima desbordarles la aurea ó argentada chaquetilla ó romperles el ajustado calzon: si así no fuera, comprenderían que tras de la valla se encuentran los verdaderos causantes de su desgracia; allí están los que pagan, los que jalean, los que dirigen el suplicio, los inquisidores de los animales y si es preciso un día, los inquisidores humanos: allí está la plebe revuelta con la aristocracia hasta el punto, de que habiendo quizá más aristocracia, todo es plebe. ¡Y en qué estado! ¡Y qué plebe! Se pudiera ser plebeyo si no, se vinieran al canto de la imaginación ciertas atrocidades del plebeyanismo. Oigan, oigan los toros lo que podían decir los espectadores:

“¡Currito únicamente salió ileso de la plaza!

¡Qué lástima, dirán algunos! ¡Qué lástima que no lo hubiera cogido también un toro, para poder decir en absoluto: Hoy sí que hemos tenido una corrida buena en toda la estension de la palabra.

Y creerán ustedes con todo esto que la corrida ha sido buena?

Pues no, señor. Ha sido sin duda alguna, la más infeliz de la temporada.”

Eso le habrá parecido á los *inteligentes* como el Sr. Blasillo; pero como, según él mismo dice, no le ha parecido otro tanto á la generalidad, resulta que, ó la generalidad no es inteligente (cosa que ya nos teníamos nosotros tragada) ó los *inteligentes* no entienden una palabra en materia de toros.

Pero si la generalidad no es inteligente, que es? Si supiera el Sr. Blasillo que clase de calificativos se nos vienen á la boca! El ilustrado, el respetable, el distinguido, el escogido público (que siempre se cuelga á los públicos lo que más les lisonjea, aunque sea lo que menos les conviene) no entiende una palabra de tauromaquia; llama buena á la corrida que *científicamente* es detestable y mala á la que *humanamente* pudiera ser pasadera. ¿Dónde tiene el meollo el público, que pondera como cosa

escelente, lo que moralmente es un delito, caritativamente una catástrofe y racionalmente una barbarie?

¿Si habrá que dar á componer al Padre Eterno el sentido común del siglo XIX?

Sigue el *Sr. Blasillo*, dando el siguiente consejo:

"No basta anunciar toros de esta ó de la otra ganadería; es preciso que á la pompa del anuncio, suceda la bondad de las reses; porque de otro modo el desencanto es mayor, el desengaño más transcendental y más rápido el descenso de las entradas. (Que es lo que hay que sentir).

Lo exiguo de hoy ha venido á probar que el *Sr. Casiano* no conoce sus intereses ni sabe defenderlos."

El *Sr. Casiano* se conoce que no es de los inteligentes; por tanto, nada tiene de extraño que se haya chupado los dedos de gusto cuando ha visto la gente por el suelo, los trajes y las carnes rotas, *Hermosilla afeado* con el polvo y *Cara-ancha*, con la *cara-larga* en la enfermería, aunque luego, al ver la entrada tan corta, se haya mordido esos dedos que se rechupaba y se haya desquitado trinando contra los revisteros que no le han dado la razón sosteniendo, con el *ilustrado* público, que la corrida había sido *barbiana*.

Y concluye el *Sr. Blasillo*, sus reflexiones de este modo:

"Ya que el público, por las razones tantas veces expuestas, no está contento con los lidiadores que les exhiben sus habilidades, debía buscar la revancha en la bondad del ganado; y así podrían decir los aficionados: "váyase lo uno por lo otro;" pero ni esto pueden decir; y como no encuentran la compensación en ningún terreno, acabarán por dormirse en sus localidades prefiriendo el reposo de una siesta bienhechora, al estruendo de silbidos que los arrulla y abandonarlas en absoluto para no ofender, aunque ya no sea *dominicalmente*, el deber que santifica los días de fiesta acudiendo al circo taurino."

No nos atreveremos á asegurar que estuviese bien buscada la revancha del público en la bondad del ganado: porque dicho se está que esto sería buscarla en las catástrofes solípedas y bimanas; pero si dudamos que en todo caso se duerman los espectadores en sus localidades, aunque se suponga que llevan en la cabeza las fuentes de la modorra con el vino que han puesto en sus estómagos; porque en esa fiesta, el escándalo, si la corrida es mala, el horror, si la corrida es buena, y la barbarie siempre, hacen de magníficos despertadores contra la siesta. Si no se duerme ninguno en su casa, ni siquiera llega tarde á la función,

porque no hay espectáculo á que se acuda con más afanosa solicitud, ¿cómo creer que se entreguen á Morfeo, los que se hallan tentados y sacudidos por ese oculto Mefistófeles tauromáquico? Las divinidades sangrientas y los héroes del escándalo y el delirio, no duermen jamás ni consienten dormir á sus devotos y sectarios.

Que se duerman los que tienen que madrugar para emprender el trabajo, se entiende; que se llegue tarde al taller y á la fábrica, también se concibe fácilmente; y que se haga fiesta el lunes, después de haber sido fiesta el domingo, así mismo es cosa fácil de entender: casi casi se concibe también, aunque ya con más dificultad, que el que ha vaciado el domingo el saco de sus culpas, (hasta donde le conviene), acuda solícito á llenarlo el lunes; por más que esto no habla muy alto en favor del propósito de la enmienda y por tanto de la eficacia del catecismo. Decimos esto, porque suponemos que los sabios directores de las conciencias no dejarán de aconsejar el abandono de esas prácticas inhumanas, irreligiosas é inmorales que constituyen los detalles de una corrida de toros; y suponemos también que si esta racional y piadosa propaganda contra el tauromaquismo no da efectos inmediatos, constantes y sensibles, eso depende del encallecimiento de las conciencias, de lo empedernido de los corazones y de los vicios que opone el mundo á una institución tan antigua y tan poderosa como es esa del confesonario.

Jamás hemos visto un hombre malo entre los que se confiesan *dominicalmente*, ni siquiera una beata hemos visto que no esté en olor de santidad: y extraño sería que entre taurómacos reincidentes, los hubiera de esos que no faltan al jubileo y que confiesan y comulgan los cincuenta y dos domingos que tiene el año por lo ménos, y sin contar los días extraordinarios.

No puede ser: los espectadores tauromáquicos deben ser impíos, libre-pensadores, hereges, moros, judíos, escépticos, materialistas, de esa caterva, enfin, de inválidos religiosos, para la que el catolicismo reserva los más justos y tremendos anatemas.

No sabemos, después de esto, como hay quien dice que toda España es taurómana: tanto equivale á decir que está dejada de la mano de Dios, condenada sin remedio ni falencia. ¡El cielo bendito nos libre de tan mal pensamiento!.. Nada, nada; armoricemos la impiedad de los taurófilos, con la nacionalidad de la

fiesta, á toda costa; pero dejemos al *Sr. Blasillo* que las armonice, y leamos entre tanto lo que acerca de esta corrida, y de la cojida de *Cara-ancha*, nos dicen primero *La Iberia* del día 26 y luego el *Diario de Cádiz* del 28.

La Iberia:

"Toros.—La corrida verificada el Domingo no merece una reseña detallada.

Los toros de Salas fueron blandos y cobardes en general, sobre todo el primero, que fué condenado con justicia á banderillas de fuego. Los dos de Bañuelos (don Julian) fueron más voluntarios, aunque de escaso poder.

Los espadas se portaron bien en general, y *Cara-ancha* fué cogido por la pierna derecha en el único toro que mató. La herida, aunque de alguna consideracion, no es de gravedad.

Los picadores estuvieron peor que de costumbre, y es cuanto se puede decir. La entrada muy mediana."

Y he aquí al *Diario de Cádiz:*

"COJIDA.—He aquí como cuenta un periódico de Madrid la que ha sufrido el Domingo el espada José Campos:—"De verde y oro se dirigió *Cara-ancha* en busca de *Bolero*. Dos naturales, dos por lo alto, un cambio, y fué arrollado por el toro, derribándole en tierra: cuatro pases, más bien ceñidos, y largó una estocada contraria por haberse atracado de toro, siendo enganchado por el muslo derecho y volteado por el bruto. Cuando ya el toro quedó muerto, se retiró el diestro á la enfermería con una herida, segun parte facultativo, en la parte interna superior del muslo derecho, que interesa la piel, tejido celular y aponeurosis superficial, presentando una profundidad de cinco ó seis centímetros, que le imposibilitó continuar la lidia."

*
* *

La corrida del 1.º de Julio, 12 de abono, no ofrece nada de particular, á lo ménos para el ARTE. El *Sr. Blasillo* la enca-beza con este pareado:

PRESIDENCIA DEL SR. D. CELESTINO DE ANSORENA

(QUE POR CIERTO HA SIDO BUENA!!!!)

Despues de esto, sólo hay de notable las exclamaciones que hace el gracioso revistero, por vía de juicio crítico, de los lances más famosos: por ejemplo. En la muerte del primer toro, despues de un pase al natural, cinco de telon, diez y nueve con la derecha y uno con la izquierda, un pinchazo alto á volapié, una

estocada idem y tendida á la carrera y otra atravesada á toro quieto, prorrumpe el revistero:

"Bravo, Salvador; bravo y tres veces bravo. Eso es tener vergüenza y ser torero!"

¿Qué habría hecho si no tuviera vergüenza?

En el segundo toro, la emprende el *Sr. Blasillo* con el matador Hermosilla al que pone de vuelta y media: reproducimos sus palabras y aun las hacemos nuestras, no como quejas del llamado *arte*, sino como lamentos de la humanidad y acusaciones de la civilización.

"¿Para qué hemos de relatar los accidentes de la muerte del pobre *Señorito*?.. (Así se llamaba el toro).

Ni en la sima de los carlistas, ni en los suplicios de Tántalo, ni en los trabajos forzados, ni en los tormentos chinos, ni en los más refinados de la más repugnante Inquisición, ha sufrido viviente alguno lo que sufrió ayer, á manos de Hermosilla, el desdichado toro de que hablamos.

Es menester convencerse de que, cuando Hermosilla hace algo bien, hay que acordarse de la flauta aquella que sonó por casualidad.

Alguna gratitud nos debe Hermosilla; algún favor le hacemos renunciando á escribir la pasión y muerte que ocasionó á *Señorito*."

Pues sin embargo, Hermosilla es de los matadores aposentados en Madrid: *uno de nuestros primeros espadas!* ¡Cómo será cualquiera de nuestros últimos!.. Y el público de la Corte como gozaría!.. Aunque suele suceder que la crueldad se impone de tal modo, que salta por encima de la barbarie misma y, tomando la defensa del toro atormentado brutal y torpemente, se vuelve contro el torero inquisidor y verdugo á la vez. Entonces es cuando se vé que todos tenemos algo de protectores de animales dentro del cuerpo; puesto que apenas la inhumanidad tras-pasa los límites de lo ordinario, se levanta un grito general que defiende los fueros de la sensibilidad taurina contra la inhabilidad y la poca destreza del hombre toreador.

En el tercer toro, intercala el *Sr. Blasillo*, las siguientes observaciones.

"Cosme y Corito... banderillearon, como lo sabe Dios únicamente." ¿Dios!.. Dios!.. qué impiedad!.. Si Dios banderillara, le clavaba á cada espectador un par de fuego, que no se le olvidara en toda su vida).

"¡Que fea y rastrera lid!

¡Y que esto pase en Madrid!!!"

Pues ahí verá V., *Sr. Blasillo*: ¿dónde si no?

Y luego al hablar de la muerte de este tercer toro (*Corneto*), nos dice que sufrió doce pases para recibir un volapié alto, ido y tendido; y luego otros ocho, para un pinchazo, tardando 25 minutos en ser descabellado; y acaba el revistero diciendo:

"A muchas de estas, Felipe,

Le dá al público..... la *grippe*."

En el cuarto toro (*Choricero*), *Veneno* sirvió de rodillo á la arena. El quinto (*Hermosito*), frito por las banderillas de fuego pasó á manos de Hermosilla, (simpatías del nombre), que lo mechó á fuerza de pinchazos, (simpatías del oficio): y el sexto, enfin, sufrió de Felipe 13 pases, un pinchazo bajo, otro alto arrancando, una corta y baja y un volapié.

Dejemos al *Sr. Blasillo* que haga el resumen:

"Los fastos del toreo no registran una corrida peor que esta.

Frascuero bueno, muy bueno.

Hermosilla... como si lo hubieran arrancado materialmente de una pandereta.

Felipe... haciéndole gracia únicamente á D. Casiano, que sin duda debe mirarlo con buenos ojos. El plural en esta ocasion hace una concordancia *viscaína*.

Los picadores mal. Cualquier mosquito de este mes pica más que ellos.

La presidencia... de lo peorillo que hemos visto.

Una buena noticia para terminar.

El simpático y bravo matador Cara-ancha, adelanta rápidamente en su curación."

¡Dios sea loado! Por fin no se nos muere este *artista* tan valiente y tan simpático! Escapa de esta y lo celebramos: al fin es un hombre, y un hombre bravo é interesante, y no estamos tan sobrados de ellos, que no sintamos perderlos.

Que lástima que el Sr. Cara-ancha no hubiera seguido la carrera militar! Tendría España en él un pundonoroso y arrojado oficial, y seguramente la patria agradecida habría puesto sobre su herida (si bien algo más alto) una crucecita ó un cintajillo de esos vistosos con que adorna á sus héroes! En fin, que se contente con las peluconas de D. Casiano y con los láuros que le arrojará Madrid, entre cigarros, el día de su reaparicion en la plaza.

*
* *

Por el mismo estilo es la reseña que escribe el *Sr. Blasillo* de la corrida del 8 de Julio: y así tenía que ser, puesto que estuvo la lidia á cargo de una gente de la que dice con mucha gracia su apologista:

"Y Felipe y Gonzalo y Hermosilla,
Generales en jefe de cuadrilla,
que—aunque vestida de oro—
era digna de Pinto ó Valdemoro."

Luego, tenemos á *Gonzalo* muy expuesto al matar el tercer toro; á *Vargas* cogido en el quinto, aunque se dice que fué á la enfermería no con herida, sino con *juida*: y en el sexto cogido el banderillero *Culebra*, aunque sin consecuencias.

Blasillo termina su trabajo histórico con la siguiente redondilla:

"Voy á decir por resumen
—Y esto es verdad ¡voto á Cristo!—
Que si en esta vida he visto
Nada peor, que me emplumen!"

Bravo! Nosotros hemos de aplaudir cuando los taurómacos rabian: no quedando toreros en España, la fiesta nacional habrá concluido sin menoscabo de las castas ni influencia de la racionalidad: es decir que ni los animales ni la civilizacion tendrán la culpa; pero habrán ganado la civilizacion y los animales.

Si en el pecado va la penitencia: aun no hemos hallado culpa que no conduzca por sí sola á la más redentora de las penas. ¡Y apenas nos habremos redimido el día en que no haya toreros y en que el público se canse de ver atrocidades y de silbar á tan alto precio. Si pagar por desmoralizarse y encrudelecerse es una barbarie, pagar por aburrirse es una infelicidad: seamos todo lo rudos que queramos; pero al ménos no seamos estúpidos.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.